

FERNANDO
ARAMBURU
PATRIA

TUSQUETS
EDITORES

FERNANDO ARAMBURU
PATRIA

Lecturas de Bruno Arpaia, Pierre Assouline,
Paul Ingendaay, Jordi Gracia y Aitor Gabilondo.
Y «Epílogo» de Fernando Aramburu

1.^a edición en esta presentación: noviembre de 2018

1.^a edición en rústica: septiembre de 2016

© Fernando Aramburu, 2016

De los textos finales: © Bruno Arpaia, 2018; © Pierre Assouline, 2018; © Paul Ingendaay, 2018; © Jordi Gracia, 2018; © Aitor Gabilondo, 2018; © Fernando Aramburu, 2018

Esta obra ha merecido la II Beca del Fondo Antonio López Lamadrid de Apoyo a la Creación Literaria 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-319-6

Depósito legal: B.13.574-2016

Fotocomposición: Moelmo

Impresión: CPI

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. Tacones sobre el parqué	13
2. Octubre benigno	17
3. Con el Txato en Polloe	21
4. En casa de esos	25
5. Mudanza a oscuras	30
6. Txato, <i>entzun</i>	33
7. Piedras en la mochila	38
8. Un lejano episodio	42
9. Rojo	46
10. Llamadas telefónicas	50
11. Inundación	54
12. La tapia	58
13. La rampa, el baño, la cuidadora	63
14. Últimas meriendas	67
15. Encuentros	71
16. Misa dominical	75
17. Un paseo	80
18. Vacaciones en una isla	85
19. Discrepancia	89
20. Luto prematuro	94
21. La mejor de todos ellos	98
22. Recuerdos en una telaraña	103
23. Soga invisible	107
24. Una pulsera de juguete	111
25. No vengas	117
26. Con esos o con nosotros	122
27. Comida familiar	127

28. Entre hermanos	133
29. Hoja de dos colores	137
30. Vaciar la memoria	142
31. Diálogo en la oscuridad	148
32. Papeles y objetos	152
33. Pintadas	156
34. Páginas mentales	161
35. Caja de llamas	165
36. De A a B	170
37. Tarta de la discordia	174
38. Libros	180
39. Yo el hacha, tú la serpiente	184
40. Dos años sin cara	190
41. Su vida en el espejo	194
42. El asunto de Londres	198
43. Novios formales	205
44. Precauciones	210
45. Jornada de huelga	214
46. Un día de lluvia	221
47. ¿Qué fue de ellos?	225
48. Turno de tarde	230
49. Da la cara	234
50. La pierna del cipayo	239
51. En la cantera	244
52. Gran sueño	250
53. El enemigo en casa	254
54. Mentira de la fiebre	258
55. Como sus madres	263
56. Ciruelas	269
57. En la reserva	273
58. Pan comido	279
59. Hilo de vidrio	283
60. Los médicos con los médicos	289
61. Una grata pequeñez	294
62. Registro domiciliario	298
63. Material político	302
64. ¿Dónde está mi hijo?	306
65. Bendición	310

66. Klaus-Dieter	315
67. Tres semanas de amor	320
68. Fin de carrera	325
69. La ruptura	332
70. Patrias y mandangas	337
71. Hija torcida	341
72. Misión sagrada	345
73. Si estás, estás	351
74. Movimiento de Liberación Personal	357
75. Jarrón de porcelana	361
76. Tú llora tranquilo	368
77. Negros designios	373
78. El cursillo	378
79. El roce de la medusa	383
80. Comando Oria	388
81. Sólo fue a despedirla el doctor triste	393
82. <i>He's my boyfriend</i>	397
83. Un mal azar	402
84. Vascos asesinos	407
85. El piso	413
86. Tenía otros planes	418
87. Setas y ortigas	422
88. Pan ensangrentado	427
89. El aire en el comedor	433
90. Susto	439
91. La lista	446
92. El hijo que más quería	452
93. El país de los callados	458
94. Amaia	464
95. Vino de garrafón	469
96. Nerea y la soledad	475
97. La procesión de los asesinos	482
98. Boda de blanco	488
99. El cuarto miembro	493
100. La caída	499
101. <i>Txoria txori</i>	504
102. La primera carta	511
103. La segunda carta	517

104. La tercera carta y la cuarta	522
105. Reconciliación	527
106. Síndrome de cautiverio	534
107. Encuentros en la plaza	539
108. Parte médico	544
109. Si a la brasa le da el viento	549
110. Conversación al atardecer	555
111. Una noche en Calamocha	561
112. Con el nieto	569
113. Final en cuesta	573
114. Cristal por medio	578
115. Sesión de masaje	584
116. Salón árabe	590
117. El hijo invisible	596
118. Visita no anunciada	602
119. Paciencia	607
120. La chica de Ondárroa	612
121. Conversaciones de locutorio	619
122. Tu cárcel, mi cárcel	624
123. Círculo cerrado	629
124. Mojadura	634
125. Mañana de domingo	638
<i>Glosario</i>	643
<i>Tres lecturas extranjeras</i>	647
El triunfo del narrador, <i>por Bruno Arpaia</i>	649
Perdonar no es olvidar, <i>por Pierre Assouline</i>	653
En bandos opuestos, <i>por Paul Ingendaay</i>	657
<i>Dos lecturas españolas</i>	661
Para salir del país de los callados, <i>por Jordi Gracia</i>	663
Regreso a «Patria», <i>por Aitor Gabilondo</i>	668
<i>Un epílogo del autor</i>	671
«Patria» en carne propia, <i>por Fernando Aramburu</i>	673

1

Tacones sobre el parqué

Ahí va la pobre, a romperse en él. Lo mismo que se rompe una ola en las rocas. Un poco de espuma y adiós. ¿No ve que ni siquiera se toma la molestia de abrirle la puerta? Sometida, más que sometida.

Y esos zapatos de tacón y esos labios rojos a sus cuarenta y cinco años, ¿para qué? Con tu categoría, hija, con tu posición y tus estudios, ¿qué te lleva a comportarte como una adolescente? Si el *aita* levantara la cabeza...

En el momento de subir al coche, Nerea dirigió la vista hacia la ventana tras cuyo visillo supuso que su madre, como de costumbre, estaría observándola. Y sí, aunque ella no pudiese verla desde la calle, Bittori la estaba mirando con pena y con el entrecejo arrugado, y hablaba a solas y susurró diciendo ahí va la pobre, de adorno de ese vanidoso a quien nunca se le ha pasado por la cabeza hacer feliz a nadie. ¿No se da cuenta de que una mujer ha de estar muy desesperada para tratar de seducir a su marido después de doce años de matrimonio? En el fondo es mejor que no hayan tenido descendencia.

Nerea agitó brevemente la mano en señal de despedida antes de meterse dentro del taxi. Su madre, en el tercer piso, oculta tras el visillo, desvió la mirada. Se veía una amplia franja de mar por encima de los tejados, el faro de la isla de Santa Clara, nubes tenues a lo lejos. La mujer del tiempo había anunciado sol. Y ella, ay, qué vieja me estoy haciendo, volvió a mirar la calle y el taxi ya se había perdido de vista.

Buscó a continuación, más allá de los tejados, más allá de

la isla y de la línea azul del horizonte, y más allá de las nubes remotas y aún más allá, en el pasado perdido para siempre, escenas de la boda de su hija. Y la vio de nuevo en la catedral del Buen Pastor, vestida de blanco, con su ramo de flores y su excesiva felicidad, y así mirándola a la salida, tan esbelta, tan sonriente, tan guapa, le vino un mal presentimiento. De noche, cuando volvió sola a su casa, estuvo a dos dedos de sentarse ante la foto del Txato y confesarle sus temores; pero le dolía la cabeza y además el Txato, en cuestiones familiares, aún más tratándose de su hija, tenía la costumbre de ponerse sentimental. Era de lágrima fácil aquel hombre, y aunque las fotos no lloran, yo ya me entiendo.

Los tacones eran para despertarle el apetito a Quique, no precisamente el que se sacia comiendo. Toc, toc, toc, los había oído un rato antes puntear sobre el parqué. A ver si va a llenármelo de agujeros. Por la paz de casa, no se lo reprochó. Sólo iban a estar un rato. Habían venido a despedirse. Y a él, a las nueve de la mañana, ya le olía la boca a whisky o a una bebida de esas con las que comercia.

—*Ama*, ¿seguro que te las arreglarás sola?

—¿Por qué no vais en autobús al aeropuerto? El taxi de aquí a Bilbao os va a costar un dineral.

Él:

—No te preocupes por eso.

Las maletas, la incomodidad, la lentitud, alegó.

—Sí, pero vais con tiempo, ¿no?

—*Ama*, no insistas. Está decidido que iremos en taxi. Es lo más cómodo.

Quique empezaba a impacientarse.

—Es lo único cómodo.

Añadió que se iba a fumar un cigarrillo a la calle mientras habláis. Olía fuerte a perfume ese hombre. Pero la boca le huele a bebida y no son más que las nueve de la mañana. Se despidió mirándose la cara en el espejo del recibidor. Presumido. Y después, ¿autoritario, cordial pero seco?, a Nerea:

—No tardes.

Cinco minutos, le prometió. Luego resultaron quince. A solas, a su madre: que aquel viaje a Londres significaba mucho para ella.

—Me cuesta imaginar que pintes algo en las conversaciones de tu marido con los clientes. ¿O es que sin decirme nada te has puesto a trabajar en su empresa?

—En Londres voy a hacer un serio intento por salvar nuestro matrimonio.

—¿Otro intento?

—El último.

—Y esta vez, ¿cuál será la táctica? ¿Te quedarás a su lado para que no te la pegue con la primera que le salga al paso?

—*Ama*, por favor. No me lo pongas más difícil.

—Estás muy guapa. ¿Has cambiado de peluquería?

—Sigo yendo a la misma.

Nerea bajó de pronto el tono de voz. A los primeros bisbiseos su madre se volvió a mirar hacia la puerta de la vivienda, como si temiera que algún extraño las estuviese espiando. No, nada, que habían desechado la idea de adoptar un bebé. Tanto que decían. Que si un chino, un ruso, un morenito. Que si chica o chico. Nerea no había perdido la ilusión, pero Quique se había echado atrás. Él quiere un hijo propio, carne de su carne. Bittori:

—¿Le da ahora por hablar como en la Biblia?

—Se cree moderno, pero es más tradicional que el arroz con leche.

Nerea se había informado por su cuenta de los trámites para solicitar la adopción y, sí, cumplían todos los requisitos. El dinero no suponía impedimento. Estaba dispuesta a viajar hasta la otra punta del mundo y a ser por fin madre aunque no hubiese dado a luz a la criatura. Pero Quique había zanjado la conversación con brusquedad. Que no y que no.

—Un poco insensible el muchacho, ¿no crees?

—Desea un varoncito suyo, que se le parezca, que juegue algún día en la Real. Está obsesionado, *ama*. Y lo va a tener. ¡Uf, cuando se empeña en algo! No sé con quién. Con alguna

que se preste. No me lo preguntes. No tengo ni idea. Alquilaré un vientre pagando lo que haya que pagar. Lo que es por mí, le ayudaría a encontrar una mujer sana que le cumpla el antojo.

—Estás chalada.

—Aún no se lo he contado. Supongo que estos días, en Londres, habrá ocasión. Lo he pensado bien. No tengo ningún derecho a exigirle que sea infeliz.

Rozaron mejillas junto a la puerta de la vivienda. Bittori: que sí, que se arreglaría sola, que buen viaje. Nerea, desde el rellano, mientras esperaba la llegada del ascensor, dijo algo sobre la mala suerte, pero que no debemos renunciar a la alegría. Después sugirió a su madre que cambiara de felpudo.